

COMTE DESCONOCIDO

LAS AUTÉNTICAS BASES DE LA SOCIOLOGÍA

por

FERENC GORDON



Si se tratase de contribuir a asignar al fundador de la ciencia de la sociología, Augusto Comte, el lugar que merece entre los más grandes pensadores de la humanidad —lo que hasta el presente ha sido descuidado—, ya sería una tarea meritoria esforzarse en explicar por qué ha sido víctima de esta ingratitud incomprensible. Pero aquí se trata de algo infinitamente más importante.

Ortega y Gasset —a quien aprecio tan profundamente, a causa de sus trabajos, que le dan autoridad en el dominio de las ciencias de la sociología y de la economía, en el plano más elevado, y también por su actividad tan importante como eminente vulgarizador de las doctrinas fundamentales—, se ha expresado varias veces, con una resignación desengañada sobre los resultados obtenidos hasta el presente por las ciencias sociales.

“He aquí —escribe— cómo la ineptitud de la sociología, llenando las cabezas de ideas confusas, ha llegado a convertirse en una de las plagas de nuestro tiempo. La sociología, en efecto, no está a la altura de nuestra época y por eso los tiempos, mal sostenidos en su altitud, caen y se precipitan.”

“Maquiavelo —que es cosa muy distinta de maquiavelismo— Maquiavelo nos dice elegantemente, que en cuanto un ejército se desmoraliza y desarticulado se desparrama, sólo hay una salvación: «Ritornare al segno», «Volver a la bandera», recogerse bajo su ondeo y reagrupar bajo el signo las huestes dispersas. Europa y América tienen también que «ritornare al

ségno» de las ideas claras. Las nuevas generaciones que gustan del cuerpo limpio y del acto neto, tienen que integrarse en la idea clara, de aristas rigurosas, la que no es superflua, ni linfática, la que es necesaria para vivir.”

Y bien, yo he querido aprovechar este consejo y he remontado a Comte: ¿Qué nos enseñaba, pues, Auguste Comte en su inspiración genial? Cuando puse en obra mi resolución me encontré ante una primera sorpresa desconcertante: debía darme cuenta que las verdaderas doctrinas de Comte, que él esquematizaba con lucidez de espíritu incomparable, desde sus primeras conferencias, dadas entre los años 1819-1826, sobre todo aquellas que versaban sobre el “*Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad*” (1822), “*Consideraciones filosóficas sobre las ciencias y los sabios*” (1825), pero ante todo en las “*Consideraciones sobre el poder espiritual*” (1826), deben ser consideradas como perdidas. Estas conferencias fueron publicadas a continuación en la revista “*Producteur*”, que, en aquel momento, era redactada por Comte, pero no fueron reproducidas en los seis volúmenes de los “*Cursos de Filosofía Positiva*”.

En los museos de París y Londres hay exactamente un ejemplar de las revistas, y me encuentro en presencia de una foto de los tres artículos originales y de la antigua traducción húngara de una colección de seis conferencias introductoras a la filosofía social, la cual fue anteriormente llamada por Comte muy significativamente *Física Social*.

Podemos afirmar sin temor a exagerar, que, entre los hombres de ciencia en esta rama, se encontrarían ciertamente muy pocos que conozcan estas conferencias de Comte, que son verdaderamente fundamentales.

En los trabajos sobresalientes de Ortega, en el terreno de la sociología —sobresalientes pero desgraciadamente inconclusos, porque no puede ya escribir sus estudios proyectados sobre “*El Estado*”, “*Estado y Leyes*”, “*La Ley*”, “*Las Formas de Sociedad*”—, Comte ha desempeñado un papel importante y muy particular. Ortega se refiere varias veces a Comte, pero —por inverosímil que parezca— se escaparon de su atención las conferencias introductoras sobre la filosofía social de Comte; no se había fijado en la breve advertencia hecha en la introducción al 4º tomo del “*Cours de Philosophie Positive*”. De lo contrario, indudablemente habría hecho referencia a las mismas. Por lo tanto, por el intermedio de su propia genialidad, tuvo que elaborar nuevamente aquellas verdades fundamentales, ya claramente expuestas por Comte en sus primeras conferencias.

En su estudio sobre “*Historia como Sistema*”, que apareció por primera vez en idioma inglés en el año 1935, se encuentra una nota al pie de la cual se desprende que tenía el propósito de escribir un estudio sobre “*Comte desconocido*”. Pero este estudio no apareció jamás y lamentablemente según una información de la *Revista de Occidente*, Madrid— tampoco apareció como manuscrito.

Por mi parte, lo que me esfuerzo en hacer aquí es dirigir la atención sobre la necesidad absoluta de volver a Comte, vía hasta el presente obs-

taculizada, para discernir y constatar más claramente dónde se encuentran las fuentes de los errores, que han podido hacer caer en una situación tan crítica el desarrollo del mundo "moderno".

Si este trabajo retrospectivo fuese ejecutado sin prejuicios, estos esfuerzos podrían conducir a un renacimiento sano y actual de las profundas doctrinas de Comte.

De esta manera se intentaría hacer posible el acercamiento de la antinomia, que se torna cada vez más peligrosa para nuestra cultura entre los valores de los verdaderos resultados del pensamiento científico en el dominio de las ciencias naturales por una parte, y el de las ciencias sociales y económicas por la otra, obteniendo por ahí quizá, la unificación de nuestra vacilante estructura ideal. Sin este sólido fundamento, la humanidad cultural no podría responder a las provocaciones del nuevo mundo, nacidas, por otra parte, de la ley inherente al desarrollo técnico, sea en el plano industrial, sea en el dominio de la economía agraria.

Ensayemos espiritualmente retomar el hilo que Comte nos ha puesto a mano, o más bien: tomémosle por primera vez, e indiquemos sin pasiones, pero también sin consideraciones superfluas, las razones por las cuales el desarrollo ha sido conducido en la línea que produjo los resultados conocidos hoy.

El propósito que me he fijado esta vez es representar bajo una forma concisa, la importancia enorme del concepto de Comte sobre la sociedad humana, su naturaleza y sus tendencias fundamentales. Este breve estudio inicial llenaría una función similar a la del dosaje concentrado, en medicina, de una cantidad de vitaminas antes desconocidas, para sacudir el organismo y movilizar los últimos medios de resistencia que le restan.

Para llegar a este fin, yo no he visto sino una forma de hacerlo: presentar el texto original —su volumen reducido a la mitad, pero sin embargo inalterado— de la conferencia sobre las "*Consideraciones sobre el poder espiritual*". En cuanto a "*ritornare al segno*" en sociología, como también en el dominio de las teorías del Estado, debemos ante todo conocer el concepto del fundador. Solamente después de esto podemos llegar a completar este saber con todas sus conclusiones e indicaciones.

Uno se lamenta a menudo del hecho que las ciencias sociales-económicas deben luchar contra grandes obstáculos, considerando que ellas no permiten —como las ciencias naturales— experiencias de laboratorio.

Y bien, he aquí la ocasión única de juzgar la exactitud de los conceptos fundamentales de Comte, a través de los resultados de la experiencia gigantesca de la historia —en las dimensiones mundiales— durante los ciento cuarenta años transcurridos desde su enseñanza.

Espero confiadamente que me será posible despertar la atención de numerosos interesados y de algunos escogidos para hacerles tomar este camino, munidos de su saber y capacidad, lo que conduciría a la comprensión y, por consiguiente, a la solución del problema humano que, a mi parecer, es lo más importante, puesto que lo abarca todo.

Y ahora, escuchemos atentamente; así habló Augusto Comte:

CONSIDERACIONES SOBRE EL PODER ESPIRITUAL

“Todos los diversos sistemas sociales establecidos en la antigüedad, han tenido por carácter común la confusión del poder espiritual y del poder temporal, sea que cualquiera de estos dos poderes haya sido completamente subordinado al otro, sea que ellos hayan directamente rendido en las mismas manos, lo que ha sucedido muy a menudo.

“En la Edad Media no solamente el sistema teológico y militar experimentó un inmenso mejoramiento con la fundación del catolicismo y del feudalismo; pero además el gran hecho político resultante de este establecimiento, es decir, la división regular entre el poder espiritual y el poder temporal, debe ser encarada como habiendo perfeccionado eminentemente la teoría general de la organización social, para toda la duración posible de la especie humana, y bajo cualquier régimen que debe subsistir. Por esta admirable división, las sociedades humanas han podido naturalmente establecerse en una escala mucho más grande, por la posibilidad de reunir, bajo un mismo gobierno espiritual, poblaciones demasiado numerosas y demasiado variadas como para exigir varios gobiernos temporales distintos e independientes. En una palabra, se ha podido así conciliar en un grado, hasta entonces quimérico, las ventajas opuestas de la centralización y de la dispersión políticas. Asimismo ha sido posible concebir sin caer en el absurdo, en un futuro lejano pero inevitable, la reunión del género humano entero, o al menos de toda la raza blanca, en una sola comunidad universal, lo que hubiese implicado contradicción en tanto que el poder espiritual y el poder temporal estaban confundidos. En segundo lugar, en el interior de cada sociedad particular, el gran problema político, que consiste en conciliar la subordinación hacia el gobierno, necesaria para el mantenimiento de todo orden público, con la posibilidad de rectificar su conducta cuando se torna viciosa, ha sido resuelto tanto como es posible con la separación legal establecida entre el gobierno moral y el gobierno material. La sumisión ha podido dejar de ser servil tomando un carácter de asentimiento voluntario; y la advertencia ha podido dejar de ser hostil al menos entre ciertos límites apoyándose sobre una potencia moral legítimamente constituida. Antes de esta época no había alternativa entre la sumisión más abyecta y la insubordinación directa, y así son aún las sociedades, como todas aquellas organizadas bajo el asentimiento del mahometismo, donde ambos poderes, desde el origen, están legalmente confundidos. Así, en resumen, por la división fundamental organizada en la Edad Media entre el poder espiritual y el poder temporal, las sociedades humanas han podido ser, al mismo tiempo, más extensas y mejor ordenadas, combinación que todos los legisladores y aun los filósofos de la antigüedad habían proclamado imposible.

“La filosofía teológica y la potencia moral fundada en ella no podían y no debían ser por su naturaleza sino un imperio provisorio aun en el estado más perfecto que hubieran alcanzado, es decir, el catolicismo. Hemos establecido que, después de haber dirigido el género humano en su educación preliminar, debían ser necesariamente reemplazadas en su edad viril por una filosofía positiva y un poder espiritual correspondiente. Es mucho más fácil hacer una demostración análoga con respecto al poder temporal, que, primitivamente fundado sobre la superioridad militar, debe terminar por estar esencialmente adherido a la preeminencia industrial en el modo de existencia hacia el cual tienden cada vez más las sociedades modernas. Así, por eminente que fuese el valor del sistema católico y feudal, para la época de su triunfo, el desarrollo de la especie humana, en la doble dirección científica e industrial, ha debido necesariamente terminar por destruirlo, y tanto más rápido cuanto que ese sistema más que todo otro favoreció su desarrollo.

“Hay, pues, en la naturaleza de las cosas, todas las veces que la especie humana es convocada a pasar de un régimen político a otro, una época inevitable de anarquía, al menos moral, cuya duración e intensidad están determinadas por la extensión y la importancia del cambio. Este carácter anárquico debía, pues, necesariamente desarrollarse en el más alto grado en el período de desorganización del sistema católico y feudal, puesto que se trataba entonces de la más grande revolución que pudo tener jamás lugar en la especie humana, la transición directa del estado teológico y militar al estado positivo e industrial, relativamente a la cual todas las revoluciones anteriores no habían sido sino simples modificaciones. Es lo que tuvo lugar en los siglos XVI, XVII y XVIII, durante los cuales esta desorganización se efectuó.

“En el curso entero de este período que se puede, con todo derecho, calificar de revolucionario, todas las ideas antisociales han sido exaltadas y reducidas a dogmas, para ser empleadas de una manera continua en la demolición del sistema católico y feudal, y para agrupar contra él todas las pasiones anárquicas que fermentan en el corazón humano, y que en tiempos ordinarios están comprimidas por la preponderancia de un régimen social completo. De este modo, el dogma de la libertad ilimitada de conciencia ha sido primeramente construido para destruir el poder teológico, luego el de la soberanía del pueblo, para derribar el gobierno temporal, y finalmente el de la igualdad, para descomponer la antigua clasificación social, sin hablar de las ideas secundarias menos importantes, que componen la doctrina crítica, y de la cual cada uno ha tendido a demoler una pieza correspondiente del antiguo sistema político.

“Por una fatalidad irresistible, los diferentes dogmas de que se compone la doctrina crítica no han podido adquirir toda la energía que le era necesaria para desempeñar completamente su destino natural, sino tomando un carácter absoluto, que las torna necesariamente hostiles no solamente con respecto al sistema que venían a destruir, sino hacia cualquier sistema

social. De este modo desde que la demolición del antiguo orden político estuvo suficientemente consumada, la influencia de los principios críticos ha determinado en la sociedad una disposición tanto involuntaria, tanto reflexiva, en rechazar toda inevitable organización. Al mismo tiempo, el hábito contraído durante tres siglos de aplicar esta doctrina a todas las cuestiones sociales, ha conducido naturalmente los espíritus a tomarla por base de la reorganización, cuando las catástrofes determinadas por la destrucción del régimen anterior, han puesto en evidencia la necesidad de un retorno al orden.

“Entonces se manifestó el extraño fenómeno, inexplicable para cualquiera que no haya seguido el desarrollo histórico, del desorden moral y político erigido en sistema, y presentado como el término de la perfección social. Para cada uno de los dogmas de la doctrina crítica, cuando es tomado en un sentido orgánico, se torna exactamente erigido en principio, bajo la relación correspondiente, que la sociedad no debe ser organizada.

“De todos los prejuicios revolucionarios, engendrados durante los últimos tres siglos por la decadencia del antiguo sistema social, el más antiguo, el más arraigado, más universalmente difundido y fundamento general de todos los otros, es el principio, en virtud del cual, no debería existir en la sociedad poder espiritual, o, lo que es lo mismo, la opinión que subordina completamente este poder al poder temporal.

“Después de la explicación general que hemos dado anteriormente, no tememos que se nos acuse con respecto a esta idea madre de la doctrina crítica, como con respecto a todas las otras, de desconocer su utilidad y hasta la necesidad temporaria para operar la transición del antiguo sistema social al nuevo.

“Pero como nosotros pensamos que, si la demolición del primer sistema ha debido comenzar por el orden espiritual, la misma marcha debe necesariamente ser seguida en el establecimiento del segundo, nos vemos obligados a examinar directamente este principio fundamental de la doctrina crítica, a fin de recordar a los espíritus, tanto como nos sea posible, las verdaderas nociones elementales de la política general, olvidadas desde hace tres siglos, en lo que ellas tienen de aplicable al estado presente de la sociedad. Tal es la finalidad de esta serie de artículos, en la que buscamos demostrar la necesidad de la institución de un poder espiritual distinto e independiente del poder temporal y en determinar los principales caracteres de la nueva organización moral, propia de las sociedades modernas.

“La tendencia universal de los publicistas y legisladores modernos hacia una organización política sin poder espiritual, deja en el orden social una inmensa y funesta laguna.

“La decadencia de la filosofía teológica y del poder espiritual correspondiente, ha dejado a la sociedad sin ninguna disciplina moral. De allí esta serie de consecuencias que marcamos en el orden en que ellas se encadenan mutuamente.

"1) La divagación más completa de las inteligencias. Cada uno tiende a formarse por su propia fuerza un sistema de ideas generales sin llenar ninguna de las condiciones indispensables para ello, ha llegado a ser poco a poco rigurosamente imposible en las masas, obtener entre dos espíritus siquiera, un acuerdo real y durable sobre ninguna cuestión social, aun la más simple. Si esta anarquía pudiese reducirse sólo a lo ridículo, el mal no tendría importancia, y la sátira bastaría para reducirla a los límites convenientes. Pero la facilidad que resulta de concebir como, más o menos igualmente plausibles, el pro y el contra sobre la mayor parte de los puntos cuya fijeza importa tanto al buen orden, produce los efectos de una gravedad muy diferente.

"2) La ausencia casi total de moral pública. De un lado, no estando el destino de cada uno en la sociedad ya determinado por ningunas máximas generalmente respetadas, y habiendo debido las instituciones prácticas conformarse a esta situación de los ánimos, el empuje de las ambiciones particulares ya no es contenido realmente sino por el poder irregular y fortuito de las circunstancias exteriores propias de los diversos individuos. Por otra parte, el sentimiento social, buscando vanamente, ya sea en la razón privada, ya en los prejuicios públicos, nociones exactas y fijas sobre aquello que constituye el bien general, en cada caso que se presenta, termina por degenerar, poco a poco, en una vaga intención filantrópica, incapaz de ejercer ninguna acción real sobre la conducta de la vida. Por esta doble influencia, cada uno, en las grandes relaciones sociales, es gradualmente llevado a constituirse en centro, y, la noción del interés particular, permaneciendo única bien determinada en medio de todo este caos moral, el egoísmo puro se constituye naturalmente en el único móvil suficientemente enérgico como para dirigir la existencia activa.

"3) En todo se ha llegado, poco a poco, a considerar casi exclusivamente la utilidad inmediata, o al menos colocarla en primera línea. Así, por ejemplo, en la apreciación razonada de las ciencias, se ha desconocido cada vez más su importancia filosófica, y éstas han sido evaluadas solamente en razón de sus servicios prácticos.

"4) Indicaremos finalmente, como única consideración general de la disolución del poder espiritual, el establecimiento de esta especie de autocracia moderna que no tiene punto de analogía exacto en la historia, y se puede designar, a falta de una expresión más justa, bajo el nombre de ministerialismo o despotismo administrativo.

"Su carácter orgánico propio es la centralización del poder, llevado cada vez más a través de todos los límites razonables, y su medio general de acción es la corrupción sistematizada. Una y otra resultan inevitablemente de la desorganización moral de la sociedad.

"En una población en la que el concurso indispensable de los individuos, en el orden público, no puede ya ser determinado por el asentimiento voluntario y moral concedido por cada uno a una doctrina social común,

no resta otro expediente para mantener cualquier armonía que la triste alternativa de la fuerza o de la corrupción. El primer medio es incompatible con la naturaleza de la civilización moderna, desde que el carácter temporal de la sociedad ha cesado de ser esencialmente militar para tornarse esencialmente industrial. La riqueza que, por la institución de la propiedad, era antes la medida regular de la fuerza, como era su resultado permanente, ha llegado a ser, cada vez más, en los siglos modernos la causa principal y constante de ella.

"Ella sería, bajo esta relación, designada exactamente con el nombre de fuerza virtual.

"De aquí ha resultado insensiblemente que, como medio de disciplina, la violencia ha terminado por tornarse en corrupción. Tanto como el estado presente de las sociedades rechaza el primer modo, tanto se presta el segundo, desde que la desorganización moral comenzó a pronunciarse claramente.

"Los gobiernos no podrían actuar sobre los individuos, sino empleando en gran escala los mismos procedimientos que éstos reconocen entre ellos, como más eficaces para influir cotidianamente unos sobre otros. Así, cuando el interés personal es considerado en las relaciones privadas, como el único móvil, en cuya energía se pueda depositar ordinariamente suficiente confianza, ¿puede uno sorprenderse que el poder se vea conducido a usar del mismo medio de acción? Este resultado deplorable, que no debe ser imputado más a los gobernantes que a los gobernados, proviene de sus mutuos errores, o más exactamente es la lamentable consecuencia, pero felizmente pasajera, del estado transitorio de anarquía, en el cual debió encontrarse necesariamente la sociedad en el periodo de transición del sistema teológico y militar al sistema positivo e industrial.

"La profunda anarquía que reina hoy en las inteligencias, se encuentra no solamente motivada en el pasado por la decadencia necesaria del antiguo sistema social, sino que ella será cada vez más inevitable y casi indispensable hasta el momento en que las doctrinas, destinadas a servir de fundamento a la nueva organización, hayan sido suficientemente formadas.

"Por una parte, en tanto dure esta especie de interregno moral, existirá por este hecho, imposibilidad de disciplinar las inteligencias. Por otra parte, si antes del fin de esta época, uno pretendiese tentar de determinar directamente la reunión de los espíritus, como a falta de doctrinas convenientes, esto no podría hacerse sino por medios materiales y arbitrarios, sucedería necesariamente que estando el libre desarrollo del pensamiento interdicto, a los unos para formar las doctrinas, a otros para ponerse al alcance de los adeptos, la misma operación de la reorganización se encontraría detenida.

"Así tenemos la convicción de apreciar, tanto como cualquiera, el valor real que hay en la doctrina crítica; pero pedimos en tanto no se confunda su verdadera naturaleza. Ha llegado la época en la que uno se puede dar cuenta racional de la marcha que se ha seguido; la rutina pura no es

indispensable. Es posible conservar a los principios críticos toda la influencia que deben ejercer, aun durante un cierto tiempo, sin estar obligado por esto a concebirlos como orgánicos, y adormecerse así en una seguridad ficticia sobre los graves peligros de diversas clases, de los cuales la sociedad estaría amenazada por una prolongación viciosa de la anarquía actual.

"Si esta disposición intelectual excede quizá el alcance de la mayor parte de los espíritus, tal como debe ser al menos a nuestros ojos, el punto de vista, en lo sucesivo, habitual de los pensadores que quieren consagrar sus fuerzas a la gran operación social del siglo XIX.

"Hemos buscado demostrar que el estado social de las naciones más civilizadas reclama imperiosamente hoy la formación de un nuevo orden espiritual, como medio primero y principal de terminar el período revolucionario comenzado en el siglo XVI y llegado, desde hace treinta años, a su último término. Se trata ahora de examinar de manera directa, la naturaleza de la organización espiritual de las sociedades modernas.

"Sería ante todo fácil formarse empíricamente una idea muy clara de las atribuciones del poder espiritual moderno, observando con atención las del clero católico, en la época de su mayor vigor y de su entera independencia, es decir, desde mediados del siglo XIII. Sin duda las bases filosóficas de esos dos poderes y las relaciones correspondientes como consecuencia de sus modos respectivos de influencia, son de naturaleza enteramente diferente y aun por muchos aspectos, absolutamente opuestos como lo explicaremos especialmente en el cuarto artículo. Pero en cuanto a la extensión y a la intensidad de acción, lo que es aquí punto esencial a determinarse, se puede decir que, a cada una de las relaciones sociales, que eran materia a estatuir por el clero católico, le correspondía en el nuevo sistema político, una atribución análoga para el poder espiritual moderno.

"Aunque pueda ser útil, y aun en ciertos casos necesario, considerar la idea de sociedad, haciendo abstracción de la de gobierno, está universalmente reconocido que las dos ideas son en realidad inseparables; es decir, que la existencia durable de toda asociación real supone necesariamente una influencia constante, tanto directriz como represiva, ejercida entre ciertos límites, por el conjunto sobre las partes, para hacerlas concurrir al orden general, el cual ellas tienden siempre, por su naturaleza a separarse más o menos y de las cuales ellas se separarían indefinidamente, si fuese posible que quedasen absolutamente abandonadas a sus impulsos propios. Esta influencia total se compone de dos clases de acciones, una material, otra moral, enteramente heterogéneas, sea en sus bases como en sus modalidades aunque siempre coexistentes. La primera actúa inmediatamente sobre los actos para determinar a los unos, e impedir a los otros: está fundada en definitiva sobre la fuerza o, lo que es lo mismo, sobre la riqueza que ha llegado a ser su equivalente en los pueblos modernos a medida que los progresos de la civilización han transportado a la preeminencia industrial el poder civil primitivamente adherido a la superioridad militar. La segunda consiste en el ordenamiento de las opiniones, inclinaciones, volunta-

des, en una palabra, tendencias: tiene por base la autoridad moral que resulta, en último análisis, de la superioridad de la inteligencia y de las luces. Así concurren al mantenimiento del orden social las dos grandes especies de desigualdad, sobre las cuales toda sociedad está establecida.

“Desde que la civilización estuvo bastante avanzada, como para que estas dos ramas generales del gobierno hayan podido ser atribuidas a clases diferentes, lo que se operó en la Edad Media, la distinción entre ellas se tornó sensible a ojos vistas, y se creó para designarla los nombres de poder temporal y poder espiritual, que conviene, por lo mismo, mantener, al menos provisoriamente, para el nuevo estado social, aunque su estructura recuerda aún esencialmente aquella, según la cual fueron formadas.

“El poder espiritual tiene, pues, por destinatario propio el gobierno de la opinión; es decir, el establecimiento y mantenimiento de los principios que deben presidir las diversas relaciones sociales. Esta función general se divide en tantas partes como clases distintas existen de relaciones; porque no existe, por así decir, ningún hecho social en el cual el poder espiritual no ejerza cierta influencia, cuando está bien organizado, es decir en armonía exacta con el estado de civilización correspondiente. Su atribución principal es, pues, la dirección suprema de la educación, sea general o especial, pero sobre todo de la primera, tomando esta palabra en su acepción más extensa, y prestándole el significado, como se debe, al sistema entero de ideas y hábitos necesarios para preparar los individuos al orden social, en el cual deben vivir, y por adaptar, tanto como sea posible cada uno de ellos al destino particular que debe desempeñar en él.

“La educación abrazaría hasta el conjunto de funciones nacionales del poder espiritual, si, por una extensión abusiva de esta expresión, uno entendiese, a ejemplo de algunos filósofos, no solamente la preparación de la juventud, sino también la acción tan importante sobre los hombres hechos, que es su complemento necesario y consecuencia inevitable. Esta segunda clase de funciones espirituales consiste en representar sin cesar, en la vida activa, sea a los individuos, sea a las masas, los principios de los cuales estuvieron penetrados y llamarlos a su observancia cuando los hubiesen abandonado, en cuanto los medios morales son eficaces para esto.

“Encarada abstractamente, la jurisdicción del poder espiritual no comportaría, en su circunscripción territorial, otros límites que los del globo habitable, si todas las fracciones de la especie humana hubiesen llegado, mas o menos, al mismo estado de civilización; puesto que la asociación espiritual es evidentemente susceptible, por su naturaleza, de una extensión indefinida. Pero considerada en la realidad, ella abarca solamente todos los pueblos (como por ejemplo, los de Europa) cuyo estado social es bastante semejante, como para que pueda existir entre ellos un cierto grado de comunidad permanente y cuya diversidad es suficientemente grande como para exigir tantos gobiernos temporales distintos, e independientes los unos de los otros.

“Así, en resumen, la vida de los individuos y la de los pueblos se componen alternativamente de especulaciones y acción, o en otros términos, de tendencias y resultados. Estos dos órdenes de hechos se entrelazan de mil maneras en la existencia real. El poder espiritual tiene por objeto propio y exclusivo, el ordenamiento inmediato del primero; el poder temporal el del segundo.

“Después de haber planteado, para fijar las ideas, esta definición general del poder espiritual en un estado social cualquiera, se torna fácil especificando las consideraciones precedentes, constatar que este poder, convenientemente reorganizado, no tiene menor influencia que ejercer en el sistema de la civilización moderna que en el de la Edad Media.

*“En el orden positivo, la organización social encarada, sea en su conjunto como en sus detalles, no es otra cosa que la regularización de la división del trabajo, tomando esta última expresión, no en el sentido infinitamente restringido que le han dado los economistas *, pero en su acepción más amplia, es decir como aplicándose a todas las diversas clases de trabajos coexistentes, sean teóricos o prácticos, que pueden concebirse como concurriendo a un mismo propósito final, incluyendo las especialidades nacionales tanto como las individuales. La separación y la especialización, cada vez más grande, de las actividades particulares, sean de individuo a individuo, sean de pueblo a pueblo, constituyen en efecto, el medio general de perfeccionamiento de la especie humana, y por una reacción necesaria y continua son también su resultado permanente. Es por allí que la sociedad tiende naturalmente a tornarse cada vez más extensa y que debe terminar por abarcar, tarde o temprano, la totalidad del género humano, si la duración asignada por el conjunto de las leyes del mundo a la actividad progresiva de nuestra especie es suficientemente prolongada. Todos los progresos reales, que han tenido lugar, o que podrán operarse en la organización social, pueden ser mirados, desde este punto de vista, como habiendo tenido, o debiendo tener, por último resultado establecer una distribución mejor del trabajo.*

“El género humano tiende continuamente a aproximarse a ello, cada vez más, sin que se pueda determinar qué distancia alcanzará. Es sobre todo en el estado social que se pronuncia, cada vez más, en los pueblos modernos esta tendencia en forma directa y sensible. Porque la actividad industrial, comparada con la actividad militar, se caracteriza por esta admirable propiedad, de que su libre y pleno desarrollo en un individuo o en un pueblo, no supone necesariamente su comprensión en otros individuos

* Los economistas conducidos por la naturaleza imperfecta de las investigaciones que la marcha general del espíritu humano les había asignado a considerar el estado social bajo un punto de vista muy incompleto; se comprende fácilmente que ellos no hayan debido percibir sino en sus aplicaciones menos extensas y menos importantes el principio de la división del trabajo, del cual son propiamente hablando, los inventores. Se debe hacer notar en honor de Adan Smith, que no solamente él ha concebido primero este principio de una manera neta y positiva, sino que lo ha presentado bajo un punto de vista más elevado que todos sus sucesores.

o en otros pueblos, y que al contrario no solamente admite el concurso universal, sino que lo provoca inevitablemente, dentro de ciertos límites; de donde resulta naturalmente que los hombres y las naciones están continuamente impulsados a formar asociaciones cada vez más extensas y apacibles.

*“Pero si la división del trabajo, considerada bajo esta primera relación, es la causa general del perfeccionamiento humano y del desarrollo del estado social, presenta, considerada bajo otro no menos natural, una tendencia continua al deterioro y disolución que terminarían por detener todo progreso, si no fuese incesantemente combatido por una acción siempre creciente de gobierno y sobre todo de gobierno espiritual. Resulta en efecto, necesariamente, de esta especialización constantemente progresiva, que cada individuo y cada pueblo se encuentra habitualmente colocado en un punto de vista cada vez más limitado, y animado de intereses cada vez más particulares. Si pues, por una parte, el espíritu se agudiza, por la otra se reduce *. E igualmente lo que la sociabilidad gana en extensión lo pierde en energía. De allí que cada hombre, o pueblo, se torna cada vez más impropio para captar por sus propias facultades, la relación de su acción especial con el conjunto de la acción social, que al mismo tiempo se complica cada vez más; y por otra parte se siente cada vez más arrastrado a aislar su causa particular de la causa común, que precisamente es, cada día, menos perceptible. Esos inconvenientes de la división del trabajo tienden evidentemente, por la naturaleza de las cosas, a aumentar continuamente, tanto como sus ventajas.*

“Los primeros anularían, pues, a los segundos si pudiesen tener curso enteramente libre. De ahí la necesidad absoluta de una acción continua, producida por dos fuerzas, una moral y otra física, que tengan por destino especial reubicar constantemente en el punto de vista general, a espíritus siempre dispuestos por sí mismos a la divergencia, y hacer entrar en la línea del interés común, actividades, que tienden sin cesar a separarse de él.

“Observando de manera suficientemente profunda el mecanismo de las sociedades humanas, se reconoce que, en cada sistema político, la formación del poder espiritual ha precedido siempre necesariamente el desarrollo del poder temporal, aun en los sistemas en que estos dos poderes han estado reunidos en las mismas manos.

“Generalmente en efecto la asociación espiritual, fundada sobre la comunión de las doctrinas y la homogeneidad de los sentimientos, que resultan de ello, debe, por la naturaleza de las cosas, preceder la asociación temporal, fundada sobre la conformidad de los intereses; puesto que ésta no puede existir sin la otra (los intereses no pueden jamás ser por sí mismos suficientemente conformes para dispensar de cierta similitud de principios) mientras que uno conciba la posibilidad de asociar por esta última condición

* Algunos economistas, entre otros, M. Say, han percibido este efecto inevitable de la división del trabajo llevado muy lejos; pero solamente en los mismos casos subalternos que habían sido objeto exclusivo de sus observaciones.

solamente con tal que la oposición de los intereses no sea extrema, aunque no haya sociedad verdaderamente completa y estable, sea entre pueblos o individuos, sino aquella en que las dos condiciones se cumplen simultáneamente hasta cierto grado. A medida que la civilización se desarrolla, cada una de las dos clases de asociaciones aumenta en extensión, disminuyendo en energía, como lo hemos explicado.

“Pero la diferencia primitiva, por influencia de su íntima naturaleza, se hace siempre sentir entre ellas, bajo esta relación que la asociación temporal no puede mantenerse sola y sin el socorro del poder espiritual, mientras que la asociación espiritual puede rigurosamente subsistir, en cierta medida, por sí misma y sin la ayuda del poder temporal, el poder espiritual aumenta su dominio, mientras que la sociedad se complica, en tanto que el poder temporal ve disminuir el suyo. En efecto, no hay gobernado temporalmente más que aquél que no lo puede ser espiritualmente, es decir, que uno no rige por la fuerza sino lo que no puede serlo suficientemente por la opinión.

“Se ve por esto, cuán profundamente viciosa es la disposición introducida hoy en casi todas las cabezas por las doctrinas críticas, que conduce a concebir el nuevo orden social sin poder espiritual, puesto que, al contrario, este poder debe allí necesariamente ejercer una acción política mucho más grande en su esfera natural de actividad, que la que ejercerá en la suya el poder temporal, que tiende a hacerse cada vez menos importante, y a reducirse cada vez más, al menos en tanto la civilización permanezca ascendente, a una jerarquía puramente civil, aunque verosimilmente este efecto no deba jamás ser en ninguna época, absolutamente completo.

“El dogmatismo es el estado normal de la inteligencia humana, aquel hacia el cual tiende por su naturaleza, continuamente y en todos los géneros, aun cuando parece alejarse más de ello. Porque el escepticismo no es más que un estado de crisis, resultado inevitable del interregno intelectual que sobreviene necesariamente, todas las veces que el espíritu humano es llamado a cambiar de doctrinas; y al mismo tiempo medio indispensable empleado, sea por el individuo, sea por la especie, para permitir la transición de un dogmatismo a otro lo que constituye la única utilidad fundamental de la duda. Este principio, que se verifica en todos los órdenes de ideas, es aplicable, y con mucha más razón, a las ideas sociales como que son, a la vez, las más complicadas e importantes. Los pueblos modernos han obedecido a esta imperiosa ley de nuestra naturaleza hasta en su período revolucionario, puesto que todas las veces que ha sido preciso realmente actuar, aunque sea para destruir, han sido conducidos inevitablemente a dar una forma dogmática a ideas puramente críticas por su esencia.

“Ni el hombre, ni la especie humana están destinados a consumir su vida en una actividad estérilmente razonadora, disertando continuamente sobre la conducta que deben tener. La totalidad del género humano está llamada esencialmente a la acción, salvo una fracción imperceptible, principalmente consagrada por naturaleza a la contemplación. Y, sin embargo, toda acción supone principios preestablecidos de dirección que los individuos

o las masas no tienen, ni la capacidad, ni el tiempo de establecer, o siquiera verificar, de otra manera que por la aplicación misma, en la mayor parte de los casos. Tal es, bajo la simple relación intelectual, la consideración fundamental que motiva, de una manera decisiva, la existencia de una clase que, eminentemente activa en el orden especulativo, está constante y exclusivamente ocupada en proporcionar a todas las otras, reglas generales de conducta, de las cuales no pueden dispensarse ni son aptas para formarlas; y que, una vez admitidas, les permiten emplear toda su capacidad de razonamiento en aplicarlas juiciosamente en la práctica, ayudándose para esto con las luces de la clase contemplativa, cuando la reducción o la interpretación presentan demasiadas dificultades.

“Esta necesidad de una dirección espiritual se muestra no menos claramente si, cesando de considerar al hombre solamente como inteligente, se lo encara también bajo su aspecto moral. Porque, aún admitiendo que cada individuo o cada corporación pueda formarse por sus solas facultades, el plan de conducta más conveniente, ya sea para su propio bienestar, ya sea para la buena armonía del conjunto, permanecería cierto que esta doctrina encontrándose lo más a menudo en oposición, en cualquier grado, con los impulsos más enérgicos de la naturaleza humana, no ejercería por sí misma casi ninguna influencia en la vida real. Ella tiene pues necesidad de ser, por así decir, vivificada por una fuerza moral regularmente organizada, que recordándola sin cesar a cada uno o a todos, le imprima toda la energía resultante de esta adhesión universal, y la única capaz de superar o aún de contrabalancear suficientemente el poder de las inclinaciones antisociales, naturalmente preponderantes en la constitución humana.

“Cualesquiera que puedan ser los progresos de la civilización, siempre será cierto que, si el estado social es, en ciertos aspectos, un estado continuo de satisfacción individual, es también, bajo otros aspectos, no menos necesarios, un estado de continuo sacrificio. En términos más precisos, hay para cada uno, en todo acto particular, un cierto grado de satisfacción sin el cual la sociedad no sería posible, y un cierto grado de sacrificio sin el cual no podría mantenerse, vista la oposición de tendencias individuales que es absolutamente inevitable en una proporción cualquiera.

“La intensidad relativa del primer orden de sensaciones puede aumentar sin duda y aumenta en efecto constantemente, lo que constituye el mejoramiento progresivo de las condiciones humanas; pero el orden contrario subsiste siempre necesariamente, y aun su intensidad absoluta aumenta también sin cesar, por este ardor creciente de los deseos que nuestra organización liga invariablemente al acrecentamiento de las satisfacciones, como una compensación inevitable y un correctivo indispensable.

“La perfección social mayor que se pueda imaginar, consistiría evidentemente en que cada uno cumpliera siempre en el sistema general la función particular que le es más adecuada. Ahora bien, en este estado extremo y que es puramente ficticio (aunque uno se aproxime a él sin cesar), los hombres

tendrían necesidad de un gobierno moral, porque nadie podría contener espontáneamente sus impulsos personales en los límites, conformes a su propia condición. Porque la naturaleza y la sociedad asignarán eternamente, de común acuerdo, a los diversos individuos funciones muy desigualmente satisfactorias. Las actitudes naturales y los destinos sociales presentan una variedad infinita, sea por el género, sea por la intensidad. Al contrario las inclinaciones habitualmente predominantes son, más o menos, las mismas bajo estos dos aspectos entre los hombres. O al menos son en todas ellas bastante enérgicas como para inspirar a cada uno el deseo espontáneo de todas las satisfacciones que puede observar en los otros, cualquiera que sea la diferencia de las condiciones. De ahí pues la necesidad de desarrollar, por una acción especial, lo que hay en el hombre de moral natural, para reducir, en tanto sea posible, los impulsos de cada uno a la medida requerida por la armonía general, habituándolo desde la infancia a la subordinación voluntaria del interés particular ante el interés común, y reproducir sin cesar en la vida activa, con todo el ascendiente necesario, la consideración del punto de vista social. Sin esta saludable influencia que ahoga el mal en su fuente, la sociedad, estando constantemente obligada a actuar materialmente sobre los individuos, sea por la violencia directa, sea por el interés, para reprimir en su efecto tendencias, que ella habría dejado desarrollarse libremente, el mantenimiento del orden se tornaría bien pronto imposible cuando esta disciplina temporal hubiese llegado al último grado de exageración que comporta. Pero felizmente, para la naturaleza de las cosas, la concepción absoluta de tal modo de gobierno, a la vez bárbara e ilusoria, no es, y no puede ser, sino una simple suposición. En la realidad, la represión temporal no ha sido, no será jamás, más que el complemento de la represión espiritual, que no podría, en ninguna época, bastar completa y exclusivamente a la necesidad social. Si según la marcha natural de la civilización, la primera disminuye sin cesar, es condición inevitable que la segunda aumente en la misma proporción.

“Así, sea bajo el aspecto intelectual o bajo el moral, está constatado que, en toda sociedad regular, las nociones de bien o de mal destinadas a dirigir la conducta de cada uno en las diversas relaciones sociales (y aun en la vida puramente individual, en tanto que ella puede influenciar sobre esas relaciones), deben reducirse a lo que está prescrito o prohibido por preceptos positivos, establecidos y mantenidos por una autoridad espiritual convenientemente organizada, y cuyo conjunto constituye la doctrina social directriz. De ahí, se encuentra explicada esta antigua experiencia del género humano, de la cual la filosofía católica, según ese conocimiento profundo, aunque esencialmente empírico, de nuestra naturaleza que la caracteriza tan eminentemente, ha sistematizado el resultado general, presentando directamente como una virtud fundamental, base inmutable y necesaria de la felicidad privada o pública, la fe, es decir la disposición a creer espontáneamente sin demostración previa, en los dogmas proclamados por una autoridad competente; que es, en efecto, condición general indispensable para permitir el

establecimiento y mantenimiento de una verdadera comunión intelectual y moral.

"En principio, toda la acción del individuo sobre la doctrina reguladora se reduce, en el estado normal, a deducir de él la regla práctica a cada caso particular, consultando el órgano espiritual en todos los casos dudosos. Pero en cuanto a la construcción misma de la doctrina, bajo cualquier aspecto que se la considera, cada uno no tiene más derecho legítimo que solicitarle la rectificación parcial, cuando la experiencia ha constatado que, bajo cualquier aspecto, no desempeña suficientemente su finalidad práctica. Al poder espiritual, de esta manera expuesto, pertenece naturalmente efectuar en la doctrina los cambios convenientes, después de haber verificado su necesidad. Tal es, al menos, el orden regular. En toda otra hipótesis, la sociedad debe ser mirada como encontrándose en un verdadero estado de revolución más o menos completa. Este estado, necesario también a ciertas épocas determinadas, aunque siempre transitorio, está sujeto a reglas especiales de una naturaleza diversa, de las cuales no tenemos por consiguiente que ocuparnos aquí, donde estatuímos únicamente para el estado normal.

"La tendencia evidente de las sociedades modernas hacia un estado esencialmente industrial, y por consiguiente, hacia un orden político, en que el poder temporal pertenecerá, de manera fija, a las fuerzas industriales preponderantes, comienza hoy a sentirse generalmente y la marcha natural de las cosas la manifestará cada día más. El empuje inevitable producido por el sentimiento de una verdad, tan importante aunque parcial, dispone los espíritus a desconocer o hasta descuidar la reorganización moral de la sociedad, tiende a mantener el hábito engendrado por la doctrina crítica, y sustentado por la economía política del predominio del punto de vista puramente material en las consideraciones sociales. Considerando demasiado exclusivamente las inmensas ventajas morales y políticas incontestablemente propias del modo de existencia industrial, se termina por exagerarlas al punto de concebir que dispensan casi enteramente de toda verdadera organización espiritual, o al menos, que ésta no tendrá más que una importancia secundaria, una vez que las relaciones sociales hayan llegado a ser puramente industriales, en lugar de estar alteradas en su carácter, como lo están aún, por las instituciones y los hábitos derivados de los antecedentes militares de la sociedad.

"Ahora bien, en esta disposición racional, se puede fácilmente constatar que la influencia reguladora y directriz del poder espiritual no es menos necesaria en el orden de las relaciones industriales, que lo ha sido en el orden de las relaciones militares, aunque no enteramente de la misma manera.

"Bien que la hostilidad entre patronos y obreros reemplaza muy ventajosamente para el orden social la que existía entre guerreros y esclavos, sin embargo no es menos real. Vanamente se esperaría destruirla por instituciones temporales que, uniendo más íntimamente los intereses materiales de estas dos clases, disminuyesen la acción arbitraria ejercida por cada

una sobre la otra. Nunca un estado fijo se establecerá sólidamente sobre el simple antagonismo físico, el único de tales instituciones que pueda regularlo. Aunque fuertemente útiles, sin duda, serán siempre insuficientes, porque dejarán necesariamente subsistir el deseo y hasta la posibilidad en los jefes de abusar de su posición para reducir los salarios y el trabajo, y en los obreros de obtener por la violencia lo que la vida laboriosa no puede procurarles. La solución de esta grave dificultad exige indispensablemente la influencia continua de una doctrina moral, que imponga a jefes y obreros deberes mutuos, conformes a sus relaciones recíprocas. Ahora bien, esta doctrina no puede evidentemente estar fundada ni mantenida sino en una autoridad espiritual colocada en un punto de vista bastante general como para abarcar el conjunto de estas relaciones, y al mismo tiempo bastante desinteresada en el movimiento práctico para no ser habitualmente sospechada de parcialidad por ninguna de las dos clases enemigas entre las cuales debe interponerse.

"Se puede hacer observaciones análogas sobre las otras grandes relaciones industriales, tales como las de los agricultores y fabricantes, de unos y otros con los comerciantes, o de todos con los banqueros. Es claro que, en estas diversas relaciones, los intereses absolutamente abandonados a sí mismos sin otra disciplina que la que resulta de su propio antagonismo, terminan siempre por alcanzar el grado de oposición directa.

"De ahí resulta, pues, la necesidad fundamental de una regla moral, y por consiguiente de una autoridad espiritual indispensable para contenerlas en sus límites donde, en lugar de luchar, converjan; límites de los que tienden sin cesar a salir.

"Sería demasiado contar con el poder de las demostraciones de la economía política para probar la conformidad necesaria de los diversos intereses industriales, como para esperar que puedan jamás bastar para disciplinarlos. El vicio fundamental de la economía política, encarada como teoría social, consiste directamente en que por haber constatado, bajo algunos aspectos particulares, que están bien lejos de ser los más importantes, la tendencia espontánea y permanente de las sociedades humanas hacia un cierto orden necesario, ella se crea autorizada para concluir de allí la inutilidad de regularizarlo por instituciones positivas; mientras que esta gran verdad política, concebida en su conjunto, prueba solamente la posibilidad de la organización, al mismo tiempo que conduce a apreciar dignamente su importancia capital.

"La necesidad de un orden espiritual en el nuevo estado social, se manifiesta no solamente por las relaciones entre individuos, o clases, sino también en la moral simplemente personal; una consideración general, tomada del estudio de la naturaleza humana, muestra ante todo, como la mayor parte de los filósofos lo han observado, todo el tiempo, que el fundamento más sólido de las virtudes sociales se encuentra en el hábito de las virtudes individuales, puesto que es por allí que el hombre realiza la prueba más

decisiva de su fuerza de resistencia a los impulsos viciosos de sus inclinaciones orgánicas.

"Aunque se admitiese hipotéticamente que en el nuevo estado social, el mantenimiento del orden puede tener lugar espontáneamente sin ninguna influencia reguladora especial, permanecería incontestable que para actuar colectivamente, como la naturaleza del sistema se lo reclama en gran número de casos, los individuos y las clases necesitan ser dirigidos por dogmas comunes, establecidos por el poder espiritual en la educación social, y luego constantemente reproducidos por él en la vida real. La necesidad de doctrina es tanto más grande, bajo este aspecto, cuanto la clasificación de los individuos era necesariamente en este sistema, infinitamente más móvil que en el anterior, cada uno allí se encuentra por lo tanto menos preparado naturalmente al destino particular que debe desempeñar. Cuando las condiciones eran esencialmente hereditarias, la educación doméstica podía ser vista por así decir, como preparación suficiente. No es así cuando las condiciones tienden a repartirse de acuerdo a las actitudes individuales. La educación pública, sea general o especial, adquiere entonces mucha más importancia como el único medio racional de determinar esas actitudes, originariamente tan poco marcadas en la mayor parte de los casos, y al mismo tiempo desarrollarlas convenientemente. La acción del poder espiritual se hace entonces tanto más indispensable para establecer y mantener una clasificación social conforme al espíritu del sistema. Piénsese en la multitud de vocaciones frustradas y falsas posiciones que resultan hoy de la ausencia de dirección intelectual y moral. Inténtese calcular las deplorables consecuencias que de ello derivan, sea para los individuos como para la sociedad y se comprenderá la importancia de la consideración precedente.

USAL * * *
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

"Las mismas consideraciones generales se aplican exactamente a la acción necesaria que debe ejercer el poder espiritual para reglamentar las relaciones de pueblo a pueblo.

"Las relaciones entre los pueblos, teniendo a la vez mayor extensión y continuidad más prolongada en la civilización moderna que en la Edad Media, la regulación se hace tanto más necesaria. La actividad colectiva de la sociedad europea, que no existía en el antiguo sistema sino por intervalos muy separados, debe hacerse en el nuevo, si no rigurosamente permanente, al menos extremadamente frecuente. Ella está determinada, sea por operaciones de utilidad común, que exigen el concurso de dos o aún mayor número de pueblos; sea por la influencia del conjunto, en parte directriz, en parte represiva, que las naciones más civilizadas deben ejercer sobre las que lo son menos en el interés común de unas y otras.

"Estos diversos motivos serán asimismo bastante poderosos, quizá, para provocar la formación de un cierto grado de soberanía temporal, que se

extienda a la vez sobre varios de los pueblos más avanzados. Pero lo que es evidentemente incontestable, en esta suposición, es que ellos resisten directamente el establecimiento de una doctrina social común a diversas naciones, y por consiguiente una soberanía espiritual capaz de mantener esta doctrina, organizando una educación europea, y aplicarla luego convenientemente en relaciones efectivas. Hasta allí el orden europeo estará sin cesar a punto de verse comprometido, a pesar de la acción a la vez despótica e insuficiente (aunque por otra parte provisoriamente indispensable hoy), ejercida por la coalición imperfecta de los antiguos poderes temporales que no podrían ofrecer ninguna garantía sólida de seguridad, puesto que ella está, por su naturaleza íntima, siempre pronta a disolverse.

“Creemos deber señalar aquí, como en el caso precedente, pero más rápidamente, los falsos conceptos políticos, que tienden a producir hoy una exposición sumaria incompleta del porvenir temporal de la sociedad, representando las relaciones de pueblo a pueblo como suficientemente regularizadas, por el simple hecho de que las naciones hubiesen arribado a la vida puramente industrial. Sin duda este nuevo modo de existencia tiene la venturosa propiedad de facilitar la asociación moral de las naciones, como la de los individuos o clases; pero no dispensa más en el primer caso que en el segundo, y aún lo hace más necesario en tanto que multiplica y extiende las relaciones. Admitamos, un instante, que el orden temporal europeo pueda perder enteramente el carácter militar para recibir el carácter puramente industrial, sin que este cambio sea precedido y provocado por una reorganización espiritual conveniente, lo que ciertamente implica contradicción. Aún en esta hipótesis abstracta, permanece incontestable que este sistema no podría tener ninguna solidez, si las diversas naciones fuesen abandonadas, de manera fija, únicamente a los impulsos temporales, sin subordinarlas a alguna doctrina moral común, establecida y mantenida por cualquier poder espiritual. Pues el interés particular, concebido como base única y directa de un plan de conducta, puede menos aún servir para fundar sólidamente la moral de los pueblos que establecer la de los individuos y clases. En efecto, aún suponiendo que la conducta pueda siempre ser exclusiva o principalmente dirigida por el cálculo (lo que no es más verdadera de las naciones que de los individuos), la relación del bienestar de cada uno con el de todos, es ciertamente, a la vez, menos real y menos perceptible en el orden europeo que en el orden nacional. Es mucho más difícil y por consiguiente infinitamente más raro, que la felicidad real de un individuo pueda concordar completamente con una conducta antisocial fuertemente pronunciada; esto es mucho más fácil y por consiguiente mucho más común para una nación, aún en el mundo industrial, como la experiencia lo ha probado bastante, desde la fundación del sistema colonial y prohibitivo, tan bien que tal es aún la opinión dominante. De la misma manera, bajo el aspecto intelectual, un individuo podría, en rigor, dejando de estar activo, colocarse en el punto de vista nacional y aprehenderlo hasta un cierto límite, si tuviese la fuerza mental suficiente; esto es, muy por lo contrario, difícil cuando es preciso

elevarse hasta el punto de vista europeo, y una organización social que exigiese tal esfuerzo de manera permanente en gran número de hombres, o aún en las cabezas de las órdenes temporales nacionales, sería evidentemente imposible.

“Las teorías exageradas de los economistas sobre la identidad necesaria y constante de los intereses industriales, propios a las diversas naciones, aunque fueran de una exactitud absoluta, aún así resultarían inevitablemente impotentes para regularizar las relaciones de los pueblos que las de los individuos, por medio de la sola convicción que podrían producir. Vanamente los pueblos más avanzados tienden hoy, más o menos fuertemente, a salir del régimen prohibitivo. Aunque este resultado llegase a ser completo, el espíritu de hostilidad industrial no dejaría de reproducirse bajo nuevas formas, que sabría muy bien crear, si fuese posible que cada nación continuase indefinidamente en no admitir otra regla de conducta que la satisfacción de su interés propio, sin reconocer ningún deber moral hacia los otros. La única potencia verdaderamente capaz de contener en los límites necesarios esta rivalidad natural de los pueblos, y de utilizarla, reduciéndola, al menos regularmente, a una legítima emulación, es la de la doctrina general sobre las relaciones efectivas de las naciones establecida y proclamada habitualmente por una autoridad espiritual, que, hablando a cada pueblo en nombre de todos, encuentra en ese asentimiento universal el apoyo necesario para hacer admitir su decisión.

“Así como resultado final de todas las consideraciones diversas indicadas en este artículo, uno verifica por los detalles esta proposición fundamental establecida en el artículo precedente según una vista de conjunto: el estado social hacia el cual tienden los pueblos modernos necesita tanto como el de la Edad Media, sea bajo el aspecto activo cuanto en el pasivo, y por motivos, los unos generales, los otros especiales, una organización espiritual (es decir, intelectual y moral), tanto europea como nacional.”

DEL SALVADOR

* * *

“La sociedad está evidentemente, hoy —escribía Augusto Comte en sus «Consideraciones Filosóficas sobre las Ciencias y sobre los Sabios» en 1825—, en el aspecto moral, en una verdadera y profunda anarquía, reconocida por todos los observadores, cualesquiera que sean sus opiniones especulativas. Esta anarquía viene, en último análisis, de la ausencia de todo sistema preponderante, capaz de reunir todos los espíritus en una sola comunión de idea. Los conceptos positivos han adquirido una extensión suficiente para anular de hecho la influencia política de la teología, y aun de la metafísica sin llegar a ser aún suficientemente generales para ser susceptibles de reemplazarlas en la dirección espiritual de la sociedad. Resulta de esta oposición fundamental y continua que, no teniendo los espíritus ya ningún vínculo real, difieren sobre todos los puntos esenciales con esta licencia que debe

producir la individualidad no reprimida. De la ausencia completa de moral pública, por consiguiente, el desbordamiento universal del egoísmo y la preponderancia de las consideraciones puramente materiales y por última consecuencia necesaria, la corrupción erigida en sistema de gobierno, como único medio de orden aplicable a una población, que ha llegado a ser sorda a toda apelación hecha en nombre de una idea general y sensible únicamente a la voz del interés privado. Para terminar radicalmente este desorden que de poderse prolongar no tendría otra salida sino la entera disolución de las relaciones sociales, la única manera es destruirlo en su principio retornando por un proceso cualquiera del sistema intelectual a la unidad. Ahora bien, esto no puede hacerse sino de dos maneras: o bien volviendo a la filosofía teológica (porque es inútil hablar aquí de la metafísica, que no sería nunca más que una transición) toda la influencia que ha perdido, o bien completando la filosofía positiva de manera de hacerla capaz de reemplazar definitivamente la teología. A estos simples términos se reduce hoy la gran cuestión social.”

Los acontecimientos, en los 142 años, que entretanto han transcurrido, han corroborado indudablemente la exactitud del diagnóstico de Comte. ¿No sería más que conveniente tomar ahora por el camino de la gran síntesis que el tiempo exige, con todos los medios disponibles? Ninguna fatiga, ningún esfuerzo podría considerarse exagerado que posibilitara el trazado de este camino que nos libera del caos en que, indudablemente, se encuentra hoy la humanidad.

Que tal concepción no era tan ajena al mismo Comte también se desprende de su siguiente tesis básica que se expresa en la misma conferencia: *“Es evidente que sin el pasaje del politeísmo al teísmo, las teorías naturales no hubiesen podido jamás tomar alguna verdadera extensión. Esta admirable simplificación de la filosofía teológica redujo, en cada caso particular, la acción de la gran potencia sobrenatural a una cierta dirección general cuyo carácter es necesariamente vago. De ahí que el espíritu humano estuvo plenamente autorizado y hasta fuertemente comprometido a estudiar, como modo de acción de este poder, las leyes físicas de cada fenómeno. Antes de esta época, al contrario, la inteligencia que tendía a investigaciones positivas, hallando, para todos los fenómenos, aun para los más simples, otras tantas explicaciones teológicas especiales y muy detalladas, todo físico era inevitablemente un impío.”*

¿Por qué no cumplir con el deber primario de la inteligencia, que es tomar, por lo pronto, las cosas según ellas se presentan, sin quitarles ni añadirles nada? —pregunta Ortega y Gasset, y continúa: *“Y lo que se presenta en este caso es que las llamadas sociedades son imposibles sin el ejercicio del mando, sin la energía del Estado, pero que, a la vez, implicando ese ejercicio la violencia y otras cosas peores, largas de enumerar, «toda parti-*

«cipación en el mando es radicalmente degradante», como dice Augusto Comte, en una estupenda fórmula, emitida de paso, en lugar imprevisto, y que según creo, no ha sido hasta ahora tomada en cuenta. ¿Qué será, buen Dios, esa realidad que llamamos sociedad, cuando para existir necesita hasta que sus fuerzas más positivamente sociales tengan que consumirse —y al aceptar la tarea demuestran su superior sentido de responsabilidad— en el ejercicio de una operación degradante?».

“La advertencia de este hecho elementalísimo y radical es prolegómeno a toda futura sociología. Evidentemente, las ideas sobre sociedad que hemos recibido no nos sirven; urge desentenderse de ellas y volver con nuevos ojos a mirar serenamente, despiadadamente, las cosas mismas.”

A esta cuestión y observación de Ortega y Gasset, planteada en 1930, Augusto Comte daba ya su respuesta clara en 1825, respuesta que no admitía equívoco. Colmaba el primer deber de la inteligencia con el descuido del genio y no era culpa suya, ni de Gustavo Le Bon —que levantó su voz advirtiendo el peligro en 1895— que los sucesores no los hayan escuchado.

Ahora nosotros nos encontramos en medio de las peores consecuencias de este error, el más grande de la llamada humanidad cultural, en busca de una solución soportable, que debe ser encontrada *nolens volens*, si nuestro mundo no ha de marchar la desintegración total. Aquí nuevamente la advertencia de antes —y en los días presentes con una envergadura nunca soñada— de Gustavo Le Bon, puede servirnos de regla de conducta:

“Resignémonos a soportar el reinado de las multitudes, puesto que muchos imprevisibles han derribado sucesivamente todas las barreras que podrían contenerlas... El conocimiento de la psicología de las multitudes constituye el recurso del hombre de Estado que quiere, no gobernarlas —cosa que se ha tornado hoy bien difícil—, pero al menos no ser completamente gobernado por ellas.”

Para los hombres de ciencia, sin prejuicios, no hay más que un deber y es el restablecimiento de este estandarte que elevó el fundador de la sociología, desde el comienzo. Lo que ha sucedido no puede ser deshecho, pero de ahora en adelante la verdad deberá ser proclamada con todos los medios y toda aspiración sería debería estar dirigida a que se actuase de común acuerdo, en el interés mismo de la masa. Una carga excesivamente pesada, a la que los intelectuales no pueden sustraerse sin negar su propio derecho de existir.